

<https://info.nodo50.org/Lewis-Mumford-y-el-monopolio-del.html>



Lewis Mumford y el monopolio del poder

- Noticias - Noticias Destacadas -



Fecha de publicación en línea: Martes 5 de junio de 2012

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

Fragmento del libro de Lewis Mumford "El mito de la máquina".

Texto extraído de la obra de Lewis Mumford, "The Mith of the Machine", 1967. Edición sudamericana: Emecé, Buenos Aires, 1969). Publicado en Barcelona (mayo 2002) entre Ateneo libertario Al Margen, Likiniano Elkartea, Pepitas de Calabaza, Etcétera, Ateneu Llibertari Poble Sec, Fundació Estudis Llibertaris Anarcosindicalistes (Barcelona). [PDF completo](#).

[Entrada de Wikipedia sobre Lewis Mumford](#)

Para comprender la estructura o las realizaciones de la megamáquina humana, hay que hacer algo más que mirar los puntos en que materializó sus operaciones, pues ni siquiera nuestra actual tecnología, con su vasta red de máquinas visibles, puede ser entendida en esos términos.

Dos artificios eran esenciales para conseguir que la máquina funcionara: la organización segura del conocimiento, tanto del natural como del sobrenatural, y una estructura bien elaborada para dar órdenes, transmitirlos y seguirlos hasta su total ejecución. El primero de esos artificios se había logrado con el clero pues sin la activa colaboración de los sacerdotes, la monarquía ni habría llegado a existir; el segundo se realizó en la burocracia. Ésta y el clero eran organizaciones verticales y jerárquicas, en cuya cúspide brillaban el rey y el sumo pontífice; y sin la armoniosa combinación de sus efectos no habría podido operar eficazmente aquel poder tan complejo. Tal condición sigue siendo válida en nuestros días, por más que las computadoras que se regulan por sí mismas y las grandes fábricas automáticas estén encubriendo tanto sus componentes humanos como las ideologías religiosas que laten bajo la actual automatización.

Lo que ahora llamamos ciencia, fue parte integral de la megamáquina desde sus comienzos. Tal conocimiento ordenado, que se basaba en las regularidades cósmicas, floreció (como hemos visto) con el culto del Sol. Estudiar los astros y hacer el calendario fueron actividades científicas que coincidieron con la institución de la monarquía y la propiciaron, aunque no pequeña parte de los esfuerzos de los sacerdotes, magos, adivinos y demás científicos de entonces se dedicara también a interpretar el significado de hechos singulares, como la aparición de cometas, los eclipses de la Luna y el Sol u otros fenómenos naturales erráticos, como el vuelo de las aves o el estado de las entrañas de los animales sacrificados.

Ningún rey podría moverse con seguridad ni eficiencia sin el apoyo de tal "conocimiento superior", como tampoco el Pentágono puede actuar hoy sin consultar a sus científicos especializados, a sus técnicos, a sus computadoras y a sus expertos en peleas: nueva jerarquía a la que se supone menos falible que aquellos adivinos que actuaban mediante varitas mágicas o entrañas de animales, pero que, a juzgar por sus tremendos errores, no es mucho más vidente.

Para ser efectivo, tal conocimiento debía ser secreto; y así lo era: era el monopolio secreto de los sacerdotes. Si cualquier interesado hubiese tenido igual acceso a las fuentes de esos conocimientos y al correspondiente sistema de interpretación, nadie habría creído en su infalibilidad, ya que ese intruso no podría ocultar sus errores. De aquí que la violenta protesta de Ipu-wer contra los revolucionarios egipcios que derribaron el Reinado Antiguo, se basara en el hecho de que "se habían descubierto los secretos del templo", es decir: que habían hecho

pública una "información codificada". Los conocimientos secretos son la clave de todo sistema de control totalitario. Hasta que se inventó la imprenta, la palabra escrita se mantuvo, durante siglos, como el monopolio de una sola clase social; y hoy, el lenguaje de la matemática superior, más las misteriosas claves de las computadoras, están restaurando el secreto y el monopolio de tal saber... con las consiguientes consecuencias totalitarias.

La posterior asociación de la monarquía con el culto del Sol no se debió al hecho de que el rey, como el Sol, ejercían su fuerza a gran distancia. Por primera vez en la historia, el poder llegó a hacerse efectivo fuera del alcance inmediato de la voz amenazadora o del brazo armado, pues ningún arma militar había logrado propagar tal poder. Para ello se había necesitado crear un engranaje especial de transmisión: un ejército de escribas, mensajeros, mayordomos, superintendentes, capataces y ejecutivos mayores y menores, cuya propia existencia dependía de su fidelidad y rapidez en llevar las órdenes del rey o, más inmediatamente, las de sus ministros y generales, hasta donde fuere necesario. En otras palabras, que era parte esencial de la megamáquina esa burocracia rígidamente organizada, ese grupo de hombres capaces de transmitir y ejecutar una orden con la minuciosidad ritualista de un sacerdote y la irracional obediencia de un soldado.

Imaginarse que la burocracia es una institución relativamente reciente equivale a ignorar los anales de la historia antigua. Los primeros documentos que atestiguan la existencia de la burocracia pertenecen a la Era de las Pirámides. En un cenotafio de Abidos, un oficial de carrera, que ejercía durante el reinado de Pepi I, de la Sexta Dinastía (allá por el año 2375 antes de Cristo) dictó la siguiente inscripción: "Su Majestad me ha enviado al frente de su ejército, como se han mantenido a la cabeza de sus respectivas gentes del Alto y del Bajo Egipto o de las aldeas y ciudades que deben regir, los condes, los que usan el sello real en el Egipto Inferior, sus exclusivos compañeros del Palacio, los gobernadores y mayores del Alto y el Bajo Egipto, los jefes intérpretes y sus compañeros, los principales profetas del Alto y el Bajo Egipto y todos los burócratas principales."

Este texto no sólo nos revela una burocracia, sino que evidencia -como lo apuntó Petrie anteriormente- que la división del trabajo y la especialización de funciones eran indispensables, y que ya estaban actuando en pro de la mayor eficiencia mecánica operativa. Tal desarrollo burocrático había comenzado al menos tres dinastías antes, y no por accidente, al construirse la gran pirámide de piedra de Zoser, en Sakkara. John Wilson subrayó, en su *City Invencible*, que "hay que acreditar a Zoser no sólo los comienzos de la arquitectura monumental de piedra, que se comenzó en Egipto, sino también la iniciación de un nuevo monstruo: la burocracia". Ambas cosas no fueron mera coincidencia, sino natural concordancia. W. F. Albright, comentando esto, señalaba que "el gran número de títulos que ya se ven en los textos de la Primera Dinastía... suponen sin duda una oficialización bien elaborada y minuciosa".

Una vez que se estableció la estructura jerárquica de la megamáquina, ya no hubo limitación teórica alguna del número de manos que podía controlar ni del poder que podía ejercer, pues la remoción de las dimensiones humanas y de los límites orgánicos naturales constituye el principal orgullo de tan autoritaria máquina. Parte de su productividad se debe a su uso de la coerción física irrestricta para superar la pereza humana o la fatiga corporal. La especialización laboral era un paso necesario para el buen montaje y funcionamiento de la megamáquina, pues sólo se podría lograr la ansiada precisión sobrehumana y obligatoria perfección de los productos mediante la intensa concentración de destrezas en cada una de las partes del proceso total.

En este momento comenzó la división en gran escala y la subdivisión del trabajo con que nos encontramos en la sociedad moderna.

La máxima romana de que la Ley no se aplica a cuestiones triviales, es válida igualmente para la megamáquina. Las enormes fuerzas puestas en movimiento por el rey exigían empresas colectivas de tamaño descomunal, como grandes traslados de tierra y piedras para cambiar el curso de los ríos, excavar canales o erigir murallas. Como ocurre con la tecnología moderna, la megamáquina tendía cada vez más a dictar los fines a que debía aplicarse, excluyendo otras necesidades más humanas, pero de menor importancia para la monarquía. La megamáquina era, por naturaleza, grandiosa e impersonal y deliberadamente deshumanizada; tenía que operar en gran escala, o no hacer nada, pues ninguna burocracia, por eficiente que sea, podría gobernar directamente millares de pequeños talleres y granjas, cada cual con sus tradiciones peculiares, sus especiales habilidades laborales, su propio orgullo y su particular sentido de responsabilidad. Por eso, la rígida forma de control que manifestó en aquella gran máquina colectiva, ha continuado adscripta hasta nuestros días a las grandes empresas masivas y a operaciones en gran escala. Este defecto original limitó la extensión de la megatécnica hasta que se inventaron los sustitutos mecánicos de los operadores humanos.

La importancia del enlace burocrático entre la fuente de poder -el rey "divino"- y las reales máquinas humanas que realizaban los trabajos de construcción o destrucción, fue auténticamente enorme: mucho más por ser la burocracia quien recogía los impuestos anuales que sostenían aquella pirámide social, y reunía, por la coerción, las innumerables fuerzas humanas que componían aquel organismo mecánico. La burocracia era, de hecho, la "máquina invisible", a la que podríamos llamar también "máquina de comunicaciones", y que coexistía con la "máquina militar" y la "máquina de trabajo", para formar, entre las tres, la gran estructura totalitaria monárquica.

Otra importante calificación de la burocracia clásica es que ella no origina nada; su función es transmitir, sin alteración ni desviación, las órdenes que recibe de arriba, del cuartel general central; y no puede admitir ninguna información meramente local ni ninguna consideración humana que altere su inflexible proceso de transmisión. Sólo la corrupción o la rebelión decidida pueden modificar su rígida organización. Tal método administrativo requiere idealmente una cuidadosa represión de todas las funciones autónomas de la personalidad, así como exige notables aptitudes para realizar sus tareas específicas con exactitud ritual. Ya hemos visto que no era la primera vez que el orden ritual entraba en el proceso de trabajo, y no es probable que tal sumisión invariable a tan monótonas repeticiones se hubiera podido lograr con aquella reconocida fidelidad si no hubiera sido precedida por las disciplinas milenarias de los rituales religiosos.

De hecho, esa regimentación burocrática fue parte de una regimentación mucho más amplia de todo aquel vivir, que había sido introducida por tal cultura, centrada y afirmada en la fuerza. Nada emerge más claramente de los propios textos de las Pirámides, con su aburridora repetición de fórmulas, que su colosal capacidad para soportar tanta monotonía: capacidad que anticipa el *súmmum* del aburrimiento universal que hemos alcanzado en nuestros propios tiempos. Esta compulsión verbal es el lado psíquico de la compulsión sistemática general que dio existencia a la "máquina de trabajo"; sólo quienes eran suficientemente dóciles para soportar este régimen -o suficientemente infantiles para divertirse con él- en cada una de las etapas que van desde la orden hasta la ejecución, podían convertirse en unidades eficientes de tales máquinas humanas.